

ciclo
BILLY WILDER

07 MIÉ
20:30

08 JUE
18:00

La tentación vive arriba

Billy Wilder. EEUU. 1955. 105 min. v.o.s.e. Color.



FICHA TÉCNICA

Título original: *The Seven Year Itch*.
Título español: *La tentación vive arriba*.
Nacionalidad: EEUU. **Año de producción:** 1955.
Dirección: Billy Wilder.
Guión: Billy Wilder, George Axelrod.
Producción: Charles K. Feldman Group; Twentieth Century Fox Film Corporation.
Productor: Charles K. Feldman, Billy Wilder.
Fotografía: Milton R. Krasner.
Montaje: Hugh S. Fowler.
Ayte. de dirección: Joseph E. Rickards.
Música: Alfred Newman.
Sonido: Harry M. Leonard, E. Clayton Ward.
Director artístico: George W. Davis, Lyle R. Wheeler.
Vestuario: Travilla.
Maquillaje: Ben Nye, Helen Turpin.
Decorados: Stuart A. Reiss, Walter M. Scott.
Intérpretes: Tom Ewell, Marilyn Monroe, Oskar Homolka, Carolyn Jones, Evelyn Keyes, Sonny Tufts, Robert Strauss, Marguerite Chapman, Victor Moore, Donald MacBride.
Duración: 105 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

Como miles de neoyorkinos, Richard Sherman se ha quedado trabajando en agosto mientras su mujer e hijos disfrutan de unas gratas vacaciones en la playa. Siguiendo las recomendaciones de su esposa, está dispuesto a dejar de fumar, de beber, a acostarse pronto y sobre todo a no echar una cana al aire. Pero la tentación aparece cuando conoce a una despampanante vecina, tan sexy como ingenua.

COMENTARIO

Situada a caballo entre *Sabrina* (1954) y *Ariane* (1957) y, por lo tanto, antes del inicio de la colaboración de Billy Wilder con I.A.L. Diamond (un escritor más ácido y vitriólico que el anterior coguionista habitual del cineasta: Charles Brackett), *La tentación vive arriba* supone la primera entrega de lo que se ha dado en denominar el ciclo de las grandes comedias del director vienés. Es, por consiguiente, una obra todavía de encrucijada, lejos de la madurez de títulos como *El apartamento*, *Uno, dos tres*, *En bandeja de plata* o *¿Qué pasó entre tu padre y mi madre?*, pero que, a pesar de todas sus imperfecciones, anticipa ya algunos de los temas y motivos favoritos del cineasta: el protagonismo de un ciudadano normal y corriente, la indagación en los deseos reprimidos del individuo, la crítica acerada de las costumbres norteamericanas, etcétera.

Con toda probabilidad, Billy Wilder debió sentirse cómodo al llevar a la pantalla la obra teatral de un escritor tan misógino como George Axelrod (quien participaría también en la adaptación cinematográfica del texto) y debió de disfrutar, asimismo, al mostrar las andanzas de su singular protagonista, atrapado entre la mentira, el engaño, el sentimiento de culpa y el respeto aparente de los convencionalismos sociales. La puesta en escena de Wilder contribuiría, además, a acentuar los rasgos infantiles del personaje –Richard Sherman (Tom Ewell)– desde el momento inicial en que su





mujer y su hijo parten de vacaciones de verano, para acabar relatando, en definitiva, el proceso de madurez del mismo, que significa, de forma paradójica, su fracaso al mostrarse incapaz de gobernar su libertad.

El calor y los deseos sexuales reprimidos de Sherman serán, por lo tanto, los motores de un relato que gira, como una peonza, alrededor de los movimientos insospechados de los pensamientos del protagonista, atraído por los encantos de su exuberante vecina (Marilyn Monroe) y temeroso, al mismo tiempo, de las posibles consecuencias de sus actos.

De este modo, la película discurre entre la ingenuidad simplista de Marilyn (un papel recurrente en su filmografía) y la

fantasía desbordante de Sherman, y se enreda, en el plano narrativo, con las ensoñaciones frecuentes de éste que, a pesar de su ocasional hilaridad, desvían el relato de su línea principal para componer media docena de secuencias pintadas con la brocha gorda de la parodia en vez de con las pinceladas suaves de la comedia. Es aquí y en la imposibilidad, como anota Billy Wilder en sus memorias, de acentuar los contenidos sexuales de la película (al no conseguir, por una parte, burlar a la censura y, por otra, que Walter Matthau incorporase el papel protagonista y aportase mayores dosis eróticas a la relación de su personaje con Marilyn) donde cabe anotar algunos de los desequilibrios más evidentes de la película.

Ésta gana enteros, sin embargo, cuando la cámara de Wilder escruta con ironía la relación que se establece entre Sherman y Marilyn y deja al descubierto no sólo los puntos comunes que permiten la comunicación entre ambos (el infantilismo de Sherman se conjuga con la ingenuidad de Marilyn), sino también la hipocresía y los temores ocultos del género masculino.

El apartamento de Sherman (como sucederá más tarde en la película homónima de Wilder) se convierte, por ello mismo, en el espacio privilegiado para la seducción, donde el protagonista –que habla con los objetos en un anticipo de los diálogos del policía 663 con peluches, camisas y otras prendas en *Chunghking Express*, de Wong kar-Wai- domina aparentemente el lugar con la ayuda de su aparato de aire acondicionado.

Sin embargo, tal y como revelan la escena del descorche accidentado de la botella de champán (un símbolo, ya desgastado por entonces, del orgasmo masculino) y la propia puesta en escena –que subraya la presencia constante del hijo de Sherman a través de la recurrente pala de remo-, los objetos son los aliados de la verdadera poseedora de ese espacio (la mujer del protagonista) y quienes, unidos a la imaginación de Sherman, impedirán a éste consumir sus propósitos. Finalmente, la psiquiatría (a la que Wilder ataca con saña una vez más) no servirá de gran ayuda en esta lucha desigual entre el sexo y la inteligencia, que la segunda es incapaz de ganar y que ha dejado, en el camino, uno de los símbolos icónicos del siglo XX: la escena de la boca de ventilación del metro de Lexington Avenue con la falda subida de Marilyn Monroe.

Antonio Santamarina. Dirigido por N° 323 Mayo 2003